

Libros

POLÍTICA Y MOVIMIENTOS SOCIALES EN CHILE

Manuel Antonio Garretón (coord.)
Ediciones LOM, Friedrich Ebert Stiftung,
Santiago, 2021, 308 páginas.



Una sociedad más politizada

CLARISA HARDY

El origen de este libro radica en el interés de un conjunto de académicos y profesionales por observar las nuevas y cambiantes formas de la relación de los actores sociales con la actividad política. Coordinados por Manuel Antonio Garretón, se reunieron durante 2018 y 2019 para compartir sus reflexiones y desde ellas redactar capítulos que recogieran las perspectivas de cada uno. Cuando tal tarea estaba próxima a concluir, sobrevino octubre de 2019, lo cual llevó al replanteo de muchos de los contenidos, teniendo eso el beneficioso efecto de ofrecer una mayor pertinencia de los análisis.

El resultado de este trabajo editorial comprende de ese modo las visiones actualizadas de Juan Pablo Luna, María Ignacia Fernández, Sofía Donoso, Raúl Zarzuri, Katia Araujo, Salvador Millaleo, Bárbara Figueroa, Araceli Farías, María Estela Toro y Virginia Guzmán, quienes se refieren acá tanto a los actores sociales tradicionales como a los emergentes, y a las maneras como en el último tiempo se han vinculado con lo político. Asimismo, ofrecen sus

apreciaciones sobre las exigencias de hoy para afrontar la crisis de legitimidad de las instituciones democráticas. En buena medida, este libro puede ser considerado una continuación de *La gran ruptura* (Lom, 2013), del propio Garretón, texto que en su momento advirtió acerca de cómo se había roto la imbricación de los partidos políticos chilenos con las distintas expresiones de la sociedad chilena. Así, esta publicación, titulada *Política y movimientos sociales en Chile. Antecedentes y proyecciones del estallido social de octubre 2019*, continúa con esa temática, abordando el proceso de encauzamiento de las fuerzas expresadas entonces.

Son innumerables las preguntas que están todavía abiertas en este complejo contexto de politización de la sociedad y de despolitización de los partidos. Esto último lo dice muy bien Juan Pablo Luna cuando alude al cambio de los partidos programáticos, que se transformaron en partidos estrictamente electorales, que perdieron su capacidad de elaborar proyectos. Asimismo, está la importancia de mirar esta sociedad altamente individualizada que logra finalmente impulsar una acción colectiva —particularizada, pero finalmente colectiva—, es decir, una sociedad politizada que en el pasado no existía y que era canalizada y representada por los partidos políticos.

Otra reflexión central alude a los distintos movimientos que han cobrado protagonismo. Uno de ellos es el de la reivindicación del rol de la mujer. Acá, el «nunca más sin nosotras» está clavado, y todo lo que se derive de la convención constitucional y de este proceso de desinstitucionalización y reinstitucionalización tendrá que contener esta clave. Un segundo movimiento es el de los pueblos indígenas, que ha logrado un momento cumbre en la presidencia de la Convención Constitucional. Ahora ha estado reflejado en el establecimiento de escaños reservados, pero cuando haya apertura a la construcción de un Estado plurinacional y a multiculturalidad de nuestra sociedad, habremos modificado radicalmente el modo en que la sociedad nacional incluye a los distintos pueblos. En tercer lugar, importa

el tratamiento a la juventud. Es una señal de los tiempos que muchas de las nuevas autoridades municipales, así como los integrantes de la Convención, sean jóvenes. Otros elementos que aparecen con mucha fuerza ahora y que son parte de la nueva legitimidad institucionalizada de este país están en los territorios y los movimientos medioambientales, que también son parte del estudio de este libro.

Además, cabe resaltar los dilemas a que están sometidos los partidos en la tarea de reconstruir el sistema político ante una sociedad más autónoma y más politizada. Puede ser que los movimientos sociales terminen transitando a una forma de partido sin ser propiamente partidos. Van a reivindicar su autonomía y desafiar a los partidos. Esto parece posible, si se observa cómo en la misma Convención los movimientos se han articulado en el formato de bancadas, o cómo incluso los independientes no neutrales ya han decidido tener su propia vocería. También, desde muchos de ellos se reconoce la posibilidad de competir institucionalizadamente en las instancias de representación.

Finalmente, debemos recordar cómo en esta sociedad los intelectuales han olvidado decir que la violencia tiene un papel en estos procesos. ¿Habríamos tenido una Convención de no haber mediado una mirada desde la institucionalidad sobre la ingobernabilidad que significaba una «insurgencia» como la vivida? Aunque el sistema político pudo dar un cauce a través del trabajo constituyente, no está del todo desterrado lo violento. Más aun: durante una pandemia, se vive por esencia con algo de violencia, como nos lo recuerda el aumento exponencial de casos de agresión contra mujeres o niños. El bullying escolar no se ve ahora porque los colegios están cerrados, pero debemos aceptar que convivíamos ese problema, como expresión de un patrón de conducta en nuestra sociedad. No debiera sorprender que el estallido haya irrumpido como irrumpió, pues la violencia es parte de nuestro modelo de convivencia y es un tema que no podemos eludir en nuestra conversación. **M**